

**3er COLOQUIO INTERNACIONAL  
LA NOVELA CORTA EN MÉXICO**

*Mesa 6. “Lecturas Transversales, 1” Miércoles 12 de noviembre, 10:30  
horas*

Norma Angélica Cuevas Velasco  
Universidad Veracruzana

**LAS NOVELAS CORTAS DE IGNACIO SOLARES: VIAJES DE DÍA  
Y DE NOCHE**

El despliegue de la capacidad imaginativa y la expansión del estado onírico en la *poiesis* favorecen una literatura cuya trascendencia reside, no únicamente en sus temas ni tan sólo en los ordenamientos retóricos que los ponen en perspectiva para enriquecerlos, sino en algo mucho menos concreto, pero sin duda de mayor aspiración estética: la búsqueda de la forma. Es la búsqueda de la forma exacta para expresar tal o cual tema, para mostrar este o aquel estilo, una u otra figura donde se halla el valor indecible de la escritura creativa. Dicha búsqueda se enfrenta constantemente con dos fronteras –acaso sean puntos ciegos de una circunferencia– que la palabra poética recorre para suministrarse nuevos sentidos: de un lado el género literario y del otro el estilo que habrá de adoptar su enunciación. La búsqueda se vuelve tarea de Sísifo y las respuestas son apenas un reencuentro de Orfeo con Eurídice: el estado poético es una gracia que se

conserva a condición de permanecer ecuánime ante la tentación de darse por satisfecho. Buscar es preguntarse, poner en cuestión la realidad del mundo de la vida y con la transformación de ella fundar el mundo otro. No repetirlo, ni copiarlo ni apropiárselo. Inventarlo. Crearlo. Narrarlo. Escribirlo.

El camino está lleno de posibilidades, pero todas ellas son, al menos, laberínticas. Cómo lograr el recorrido perfecto experimentando, a un tiempo, intensidad y expansión; cómo captar la curiosidad de los lectores sin que la emoción disminuya ni las acciones nos dejen de sorprender, cómo hacer mundo y multiplicar los modos de verlo sin abandonar el poder de decir y sin olvidar la existencia del otro; cómo reunir el tratamiento narrativo de los vicios, las debilidades y los defectos humanos más comunes con los anhelos espirituales más prístinos. Cómo transformar el dolor y el mal en caminatas ligeras dentro del laberinto. Estas preguntas son constantes en la narrativa de Solares y ensayan respuestas variadas en su forma, pero manteniendo elementos de poética claramente identificables por parte del lector.

Ignacio Solares (nacido el 15 de enero de 1945 en Ciudad Juárez, Chihuahua), construye una constelación narrativa en la que el camino hacia la libertad en plenitud es la búsqueda que guía la urdimbre de la trama que procura narrar, de variadas maneras, las acciones de los personajes, pero sobre todo, cómo las acciones de unos afectan a los otros. En este relato es donde tiene lugar la expulsión de los deseos, la confesión de las culpas, la inacción del miedo y la invasión del mal.

Para Solares, la literatura es como el sueño. Literatura e historia son sueños y son realidades, mas llega un momento en que la literatura se vuelve más real, por eso es que en ella se buscan las respuestas a las preguntas esenciales que marcan las diferentes etapas de la vida de un ser humano. Para Solares esos tiempos son la infancia y la adolescencia y para tratar esos grandes temas que muestran la condición humana en sus distintas aristas no hay mejor género literario que la novela, pero cuando además de urdir la trama se trata, como dije, de plantearse preguntas cuyas respuestas sólo se ensayan creando una realidad paralela, entonces la medida justa, el balance correcto para el asomo de la forma anhelada resulta ser la novela corta.

La novela corta no es un accidente en la escritura de Solares, es el resultado del trabajo constante con los mismos temas y los mismos personajes, es decir, personajes y temas que habitan la obra única, la obra total en la que Solares empeña sus mejores y más lúcidas horas del día y de la noche. A la novela corta Solares llega desde el cuento o vuelve a ella desde la novela de largo aliento. Es la novela corta, por decirlo de alguna manera, el espacio poético donde se reúnen, sedimentados por el tiempo, los mayores aciertos artísticos y poéticos de una historia ya contada o de un personaje dispuesto a la confesión, a la expiación, a la muerte o a la locura. Hay una notable particularidad en las novelas cortas ignacianas y se relaciona con el ensayo de respuestas a preguntas que ni la historia ni el psicoanálisis, por ejemplo, han sabido responder a cabalidad; en ese intersticio, en esos huecos emergen las verdades ignacianas: hechas de verosimilitud y credibilidad; de imágenes y de sueños sostenidos por hilos que tienden puntos de unión con prácticas espirituales. Novelas como *El sitio* (1998) o *La invasión* (2005) podrían leerse como el concierto de novelas cortas y de cuentos, cuyo centro narrativo lo ocupa la configuración de un personaje del que se está construyendo su historia de vida, especialmente el tiempo que muestra las condiciones del viaje de la vida hacia la muerte. Por estas características discursivas, bien valdría la pena emparentar *La noche de Felipe Ángeles* (1991) y *Columbus* (1995) con el género de las novelas cortas, sobre todo con aquellas de filiación histórica, como es el caso de *Un sueño de Bernardo Reyes* (2014). En unas y en otras novelas, como en los cuentos, el género fantástico asoma discretamente la virtud y los dones que posee para alternar realidades paralelas y con ello, al menos, el atisbo de una posible resolución a los conflictos existenciales que depara la vida; resoluciones que se experimentan en esta vida o en el más allá que seguirán habitando los personajes ignacianos.

Solares es autor de una obra cuya mayor característica es la unicidad; cada libro publicado se convierte es un nuevo giro de la espiral que nació con su primer volumen de cuentos: *El hombre habitado*. Obras de teatro, cuentos, novelas, ensayos, crónicas, reportajes, cartas, reseñas... todo está escrito con una prosa cuyo tempo narrativo se acerca tanto que a veces llega a confundirse con el ritmo poético de la lírica. De la

brevedad que exige la condensación de la trama en la novela corta está hecha la alianza con el género dramático inserto en la narrativa de Solares. Esta dramaticidad no se halla únicamente en los monólogos sostenidos de los personajes o en los diálogos que hay entre ellos: se encuentra en la composición misma de la obra, por eso es que en su ritmo se percibe cierta celeridad aun cuando los temas tratados sean tan íntimos como la confesión. Esta medida es característica palmaria no de la novela, sino de la novela corta ignaciana.

Al día de hoy, son cinco las novelas cortas publicadas por Ignacio Solares: *El árbol del deseo* (1980), *Serafín* (1985), *El espía del aire* (2001), *No hay tal lugar* (2003) y *Un sueño de Bernardo Reyes* (2014). Se trata de cinco piezas clave en la composición total de la *summa ignaciana*. Leerlas en el orden de publicación es asistir a esas etapas de la vida que todo ser humano está destinado a experimentar: la infancia, la adolescencia, la juventud, la madurez y la despedida de este mundo. Por otro lado, sin embargo, resulta difícil leer estas novelas cortas sin leer, al mismo tiempo, las otras novelas e incluso los volúmenes de cuentos. Todo está imbricado. La escritura de una novela encuentra resonancia en la siguiente y la nueva apunta su mirada hacia atrás para entablar un diálogo sonoro con la anterior. La poética de Ignacio Solares revela una escritura en resonancia. No hay libro suyo al margen de su sistema literario: sus espacios, los personajes, los problemas humanos, los elementos históricos, los miedos, etcétera, reaparecen, transfigurados o transformados, en otros textos, por esto resulta difícil no renunciar a la lectura autónoma de una de esas novelas cortas (e incluso de la obra toda). La apertura al diálogo discursivo es una invasión en cualquier experiencia de lectura que se tenga con la obra de Solares. Con la certeza de que cada novela corta soporta un riguroso trabajo de análisis crítico, voy a trazar un par de esas resonancias de las que hablo.

Durante la lectura de la primera novela corta de Ignacio Solares, *El árbol del deseo* el lector experimenta la sensación de estar leyendo por segunda vez una serie de acontecimientos relacionados con dos niños, no se equivoca porque Cristy y su hermanito Joaquín reaparecen para rehacer el final del cuento “El grito y sus ecos”,

incluido en *El hombre habitado*. Por supuesto que la palabra sensación no es azarosa, dado que no se lee lo mismo, es sólo eso: una sensación, pues lo que en el cuento se presenta como realidad en la novela se confunde hasta parecer un sueño. Al no contar con el apoyo de un sacerdote que les negó refugiarse en una de las bancas de la iglesia, los niños pasan la noche con dos mendigos: Jesús y Angustias, dos seres abyectos. Casi al final de la novela, el padre alcanza a sus hijos en una estación del ferrocarril, lugar al que llegaron después de haber visto cómo el anciano Jesús le entierra un cuchillo a Angustias.

Si a nivel semántico el paso de una realidad a otra implica una crisis, el *viaje* se manifiesta como su posible solución, principalmente para intentar resolver los problemas derivados por la incompreensión de los adultos para con los niños; eso que vimos claramente en *El árbol del deseo* regresa en *Serafín*, segunda novela corta de nuestro autor. Si bien esta novela breve plantea una preocupación marcadamente social (el abandono de la provincia para buscar en la ciudad mejores condiciones de vida, o al menos, escapar de las ya insoportables), no deja de incluir algunos elementos fantásticos nada desconocidos para el lector: cuando Serafín viaja hacia el Distrito Federal en busca de su padre, conoce en el autobús a un viejo decrepito que lo lleva a pasar la noche al cuarto donde vive; para el lector que actualiza las estrategias intertextuales, este anciano no es otro que Jesús, personaje de *El árbol del deseo*. Además, la historia es asumida por un narrador testigo, cuyo acto de enunciación está permeado por un diálogo parapsicológico entre Serafín y su madre, lo cual nos recuerda a los personajes de *La fórmula de la inmortalidad*.

Las obras de Solares en cuya composición el viaje resulta ser el elemento fundamental son: *El árbol del deseo*, *Serafín*, *La noche de Ángeles*, *El espía del aire*, *No hay tal lugar* y “La instrucción”, incluido en *La instrucción y otros cuentos* (2007). Asociados al viaje, la muerte, la escritura-lectura, los espíritus, la transmigración, los estados de inconsciencia, lo místico, el cristianismo son temas con los cuales Ignacio Solares desarrolla la urdimbre de una escritura a un tiempo concisa y sugerente derivada de la suma combinatoria de dos vertientes creativas que hacen difícil su clasificación en

función de un solo género literario: por un lado está la apropiación histórica de personajes o eventos y, por otro, los ambientes fantásticos o los viajes imaginarios que suceden sólo en la mente de los personajes. Tema o motivo, el viaje adquiere múltiples variaciones. Quizá el viaje más importante sea el de la vida hacia la muerte, pero también el de regreso a casa, o aquel que se hace para recuperar el amor que pervive en la nostalgia.